

JOSÉ FERNÁNDEZ-ARROYO

EDELGARD

DIARIO DE UN SUEÑO

1948-1953



UNA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

José Fernández-Arroyo tendría unos 17 ó 18 años, cuando su hermano mayor, Antonio, le regalo el diario de Alejandra Rachmanowa, *Amor, checa y muerte. Diario de una estudiante rusa*, traducido al español en 1942, en plena ofensiva ideológica contra el comunismo. «Para mi hermano querido con afecto sincero y cariño inmenso», reza la dedicatoria del libro. Yo recibí el diario de la joven universitaria como regalo de Navidad a finales de 2003, con estas palabras: «Para Anna Caballé, este libro que tanto me entusiasmó en mis años jóvenes». Se trata de un diario escrito entre 1916 y 1920 —Rachmanova tiene diecisiete años al iniciarlo— que refleja el carácter destructivo de la revolución rusa. Ella es una joven idealista que asiste al rápido desmoronamiento de lo que ha constituido su mundo hasta entonces. Y describe lo que ve con una mirada que resulta sorprendentemente madura. Ignoro la historia de ese texto... ¿Es que existió de verdad Alejandra Rachmanova?

En cualquier caso, lo interesante es que este volumen, ahora oscurecido por el peso del tiempo sobre él, está en la raíz de la escritura autobiográfica de Fernández-Arroyo, (nacido en Manzanares el 12 de febrero de 1928). Estimulado por su lectura, él mismo se lanzaría a la escritura de

sus impresiones más personales y, en paralelo, a la redacción de unas memorias familiares en un cuadernillo que también obra en nuestro poder, gracias a la generosa donación de sus textos a la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona.* En la Unidad, dicho sea de paso, su nombre está unido a nuestra mitología particular, pues fue uno de los primeros en contactar con nosotros a raíz de un monográfico sobre «el diario íntimo» publicado en Revista de Occidente y coordinado por Laura Freixas (julio-agosto 1996).

Poco después de la publicación de aquel artículo recibimos el diario de José Fernández-Arroyo, uno de ellos, pues con el tiempo supimos que era un diarista consumado y diría que ahora disponemos sino de todos, sí de la mayoría de sus cuadernos escritos al hilo de una vida que su autor ha querido permanentemente vinculada a la lectura, la escritura, la escultura, la pintura... Quizás el más atractivo de todos los cuadernos personales de Fernández-Arroyo (que viene escribiendo ininterrumpidamente desde 1948) sea el que ahora tiene el lector en sus manos, limpio de las deturpaciones de la versión publicada por Libros del Innombrable (2006). Fue también el primero que recibimos: *Edelgard, diario de un sueño (1948-1953)*. Lo recibimos sucesivamente en varios formatos que reflejaban el gran esfuerzo de su autor por sacarlo a la luz en diversas iniciativas editoriales más o menos fallidas. La suerte no acompañó a este diario de un «joven formal» de los años cincuenta hasta fechas recientes, cuando el tesón de José Antonio Abella ha conseguido sacar adelante una edición íntegra y definitiva del mismo.

Con el tiempo oí a Fernández-Arroyo corregir la teoría fenomenológica de Ortega y Gasset expuesta en las *Meditaciones sobre el Quijote* y resumida en su célebre frase «Yo soy

*Es un cuadernillo rayado, manuscrito, que lleva por título “Memorias hasta 1948” y que está fechado en Madrid, 4 de diciembre de 1951.

yo y mi circunstancia», transformándola en «Yo soy yo por mis circunstancias», discreto matiz preposicional que apunta en realidad a una seria discrepancia de fondo. No es que el individuo no pueda explicarse sin el contexto al que pertenece y que le forma y condiciona, sino que uno es el que es, y no otro, por las circunstancias que le crean, le moldean y le empujan en una determinada dirección. Para Fernández-Arroyo el factor aleatorio de la vida, la suerte o la falta de ella, en definitiva, las circunstancias, constituyen un elemento decisivo de cualquier trayectoria vital. Hipótesis en la que no creen los seres más afortunados, según Fernández-Arroyo, puesto que prefieren pensar que todo lo que tienen y son lo han conseguido por ellos mismos y con su esfuerzo, es decir, que se lo merecen. En cualquier caso, la dialéctica entre la potencia y el acto, el ser y la circunstancia, el deseo y la realización es una cuestión que a todos se nos impone. Diría que vivimos en ambas cualidades, es decir, sujetos a esos dos extremos entre los cuales se extiende la vida singular.

Lo cierto es que, volviendo a «Edelgard», el diario nos encantó por su autenticidad, por el fresco que proporciona de aquella juventud española de los años cincuenta, por la conmovedora historia sentimental que encierra. Con el tiempo se ha convertido, como decía, en un pequeño mito para nosotros. Todo el que trabaja en la Unidad tiene que leer ese diario que es una especie de santo y seña, un ritual de paso que nos identifica como grupo de investigación con una experiencia común y compartida: haber leído «Edelgard». El «diario íntimo» (así se tituló originariamente) se abre con una foto del autor —joven, «formal», es decir, con traje y corbata como era costumbre en aquellos años, sonriente—, en bicicleta. Una foto pensada, como es natural, para enviársela a la joven Edelgard, con la que Fernández Arroyo mantuvo en su juventud una correspondencia cada vez más personal. De hecho, el

joven de 20 años (en 1948) se había enamorado perdidamente de la muchacha a la que por mucho tiempo no conocería, más que a través de sus dulces y espirituales cartas. En buena parte el diario que nos ocupa es la crónica de esa vivencia amorosa que tendrá un desenlace insospechado y que me abstengo de comentar. (Sólo la valiosa y paciente investigación llevada a cabo por José Antonio Abella en su obra *La sonrisa robada* permite comprender los importantes pormenores de lo sucedido entre José y Edelgard.) El volumen reúne los siete primeros cuadernos escritos por F.-A., de 1948 a 1953, cada uno de ellos acompañado de ilustraciones a tinta que refieren un mudo diálogo entre el individuo y la Providencia. El primero de ellos incluye además una foto de Edelgard mirando fijamente a la cámara y con un semblante que contrasta de inmediato con el anterior de F.-A. Ella permanece seria y con la mirada triste, como abstraída. A lo largo del diario, la melancolía persistente de Edelgard será un motivo de inquietud para el joven F.-A. En un momento dado la joven admite en una carta que le gustaría refugiarse en brazos... «de su madre». Y ahí intuimos el desamparo de esta joven demasiado herida para enfrentarse al deseo de un hombre.

Es un rotundo acierto que esta edición del diario incluya la reproducción de dibujos, de varias muestras del texto manuscrito, fotografías e incluso algún recorte de prensa. Materiales, en fin, que ayudarán a que el lector se haga una idea precisa del texto en relación a los cuadernos originales y de los que tantas veces se prescinde para reducir los costes de la impresión. Todavía hay quien ve en el diario el borrador de una obra futura, cuando un diario es una obra única, plenamente realizada en su hechura concreta, independientemente de su azarosa, difícil e improbable publicación. No es el caso, por fortuna, de la presente y generosa edición de *Edelgard, diario de un sueño*.

La primera entrada del escrito por F.-A. corresponde a un cambio de año: de 1948 a 1949, en Manzanares. Su autor tiene 20 años y unas inmensas ganas de vivir, de encontrarse, por fin, con su destino. Al igual que Alejandra Rachmanowa, las primeras quejas están relacionadas con un deseo de vivir vidas aventureras y arriesgadas: «Yo deseo luchar, deseo vivir y que mi vida florezca y fructifique como los trigos y los campos», escribe nuestro joven y ferviente personaje. Por el contrario, ambos deben enfrentarse a la rutina cotidiana y a la falta de experiencias apasionantes con las que poder bregar, como es su deseo. Pero esta rutina no es más que aparente y circunstancial, de manera que muy pronto dejará de serlo para transformarse en verdadera acción: en un caso, la revolución bolchevique hará que Alejandra cambie por completo sus hábitos y proyectos, mientras que F.-A. irá en busca de su destino protagonizando un episodio de imborrable recuerdo que le hará sentirse héroe de una experiencia singular y atrevida. En ambos casos, los diarios dan cumplida cuenta de una historia vital escrita al borde del abismo de las emociones.

Detengámonos, sin embargo, por un momento, en esa rutina inicial de Fernández-Arroyo. Veamos: él es practicante, de manera que pone inyecciones a domicilio (el practicante era una figura muy habitual en las casas españolas de los años cincuenta, cuando siempre había alguien necesitado de vitaminas o antibióticos), adentrándose fugazmente en la vida de familia de quienes solicitan sus servicios. Es miembro destacado de Acción Católica y lo cierto es que su diario es un documento interesantísimo de aquella época clerical: procesiones, fiestas religiosas, días del Corpus, ejercicios espirituales, la misa dominical, el peso de la confesión y de los «pecados carnales»... Toda eso que formaba parte intensa de la vida cotidiana de los españoles constituye el telón de fondo de su escritura juvenil y siempre oscilante entre la ilusión v

el desengaño. No es él, sin embargo, un católico sumiso, sino que percibe muy bien, a pesar de la presión social, un claro desequilibrio entre el mundo de los principios y el de la realidad. En el primero se invitaba a los católicos (que eran todos, supuestamente) a que se resignaran a su suerte y, en todo caso, se arrepintieran de sus pecados demostrando humildad y sentimiento de culpa. En el mundo real, los creyentes actuaban de forma a veces muy contraria a la bondad activa que tanto predicaban. Y así lo comprende Fernández-Arroyo en una de las primeras «impresiones» descritas en el diario, cuando acompaña a un sacerdote que va a dar socorro espiritual a una moribunda, falta precisamente de socorro material. Al sacerdote sólo se le ocurre decirle a aquella pobre mujer, que muere de hambre, que se arrepienta de sus pecados y rece con él la oración predilecta... «Domine, ego non sum dignum...» ¿Es eso lo más conveniente?, se pregunta al salir de la choza, exaltado, Fernández-Arroyo. Es la primera de las sucesivas crisis religiosas que registra el diario, entre otras cosas testimonio de la evolución espiritual de su autor.

Otros temas aparecen regularmente, además de sus crisis de fe y de su preocupación por las chicas, de presencia impagable en el diario; Pepita, Edelgard, Gloria Villardefrancos, Lolita... Al igual que ocurre en tantas otras familias, en la suya abundan las desavenencias de los padres, que sin ser dramáticas hacen difícil a veces la convivencia despreocupada. Y al igual que les ocurría a todos los chicos de su época, la experiencia del servicio militar —en su caso le lleva al peor de los destinos para un joven que tiene sus planes: el norte de África— parte en dos la vida de F.A., imponiendo un paréntesis absurdo, brutal, a sus proyectos de estudiar Medicina en la Universidad Complutense.

Hasta aquí lo común a otros jóvenes. Pero en una cosa F.A. es distinto a la mayoría que le rodea. La diferencia ra-

dica en su bullente vida interior que apenas encuentra cauce expresivo en las estrecheces de la vida social. De modo que la correspondencia que mantiene con otros jóvenes y sobre todo la escritura de su diario, cumplen una función necesaria de formalización de lo que conocemos como «educación sentimental». En el diario, F.-A. vuelca su lucha por hacerse una vida propia y acorde con las muchas ilusiones que le alientan. El amor es la primera de todas: al comenzar el diario, nuestro personaje reconoce no haber besado todavía a ninguna mujer y ese deseo del conocimiento amoroso calienta su corazón que, sin embargo, no siempre se verá compensado con una experiencia igualmente sublime. Es un pozo al que hay que bajar siempre.

En ese contexto, marcado por los ideales juveniles y el ansia del amor, aparece Edelgard Lambrecht, una de las primeras en responder a la llamada de correspondencia que ha hecho Fernández-Arroyo en una revista. Nacida en Stettin, quedó del lado ruso en 1945 y fue expulsada junto a su hermana Sigrid por «rusos y polacos» un año después. Ambas seriamente enfermas y recogidas por la Cruz Roja, se refugian en Flensburg, cerca de Dinamarca, donde localizan a su padre y desde esta ciudad de la Alemania occidental, procuran rehacerse de su maltrecha situación.* Hasta allí viajará Fernández-Arroyo atravesando la superficie de la escritura: viaje de ida y vuelta en el cual el joven se enfrenta, porque lo necesita, al fondo de la misma en busca de la verdad.

El contraste entre el discurso del ideal (Edelgard) y el de la materia epicúrea (Fernández-Arroyo), que ha venido manifestándose a lo largo de su relación epistolar, ampliamente reflejada en el diario, experimenta una intensa e impostergera-

* Como ya he dicho, aquella traumática experiencia es reconstruida por Abella en su libro, *La sonrisa robada* (Isla del naufrago, 2013), de lectura imprescindible para comprender la situación de Edelgard.

ble confrontación. Impostergable porque llega un momento en que la incertidumbre coloca al ser humano en un estado de cautividad tal que el mero transcurrir del tiempo es sentido como angustia, como sufrimiento. Pero después de la confrontación, en ese caso, del emotivo encuentro de José con Edelgard en Flensburg, nada podrá ser ya como antes. De más está decir que el lector lee estas páginas finales a doble velocidad, plenamente atrapado por el significado de la historia y por la prosa limpia con que nuestro diarista acierta a transmitirla. No cabe duda del impacto que dicha experiencia ejerció sobre nuestro joven. En la UEB conservamos las cartas originales de Edelgard, con su letra recta y precisa. El propio Fernández-Arroyo las encuadernó en un tomo de tela y piel marrón que todavía contiene un mechón de pelo enviado por la joven alemana, un pañuelo de encaje y algunas flores disecadas entre sus páginas.

Y termino. El dibujo de un sol todavía radiante de poniente, con una mano amiga y generosa posada sobre la tierra y los libros, abiertos y cerrados, silueteados alrededor, pone fin al último de los cuadernos originales aquí incluidos. En el dibujo, la estrella vespertina ya ha aparecido en el firmamento, indicio de una nueva luz amorosa que había apuntado ya antes del viaje de Fernández-Arroyo a Flensburg en busca de su verdad. El simbolismo del dibujo me recuerda unos versos de Ingeborg Bachmann: «¡Una estrella tiene todavía luz./ Nada, nada está perdido!» He aquí pues un diario escrito al hilo de la vida. Los lectores encontrarán en él los ensueños, las esperanzas y las decepciones de un joven que quería para sí mismo algo más. ¿Se sentirá satisfecho de lo que ha conseguido?

Anna Caballé

Barcelona, diciembre de 2013

EDELGARD

Todo lo que importa en la vida procede del azar. La otra tarde fui a una galería de la calle de Orfila a saludar a un viejo y bravo combatiente de la escritura, Antonio Fernández Molina, que había venido de Zaragoza a inaugurar una exposición sobre el Postismo. Y allí me salió al paso el mensajero de Edelgard. Creo que fue mi amigo Pepe Esteban (¿o tal vez Rafael Hernández Rico?) quien me lo presentó. Charlamos durante unos minutos e intercambiamos direcciones electrónicas. A los pocos días recibí en mi despacho su primer cibermensaje: en él me decía que recibiría en seguida un libro suyo en mi lugar de trabajo y que no dejara, por favor, de leerlo.

Había tanta noble y desolada sinceridad en su insistencia que, nada más recibir el libro —resultó llamarse *Edelgard, diario de un sueño (19481953)*, haber sido editado en 1991 y constituir la entrega número 68 de una «Biblioteca de autores y temas manchegos» auspiciada por la Diputación de Ciudad Real—, me zambullí en sus páginas, cosa que casi nunca hago de forma tan inmediata y urgente. Hace un rato que acabo de dar fin a ese libro, y puedo asegurarles que el grado de interés y de emoción que me ha deparado su lectura ha sido tan profundo que me va a ser gozosa y gloriosamente imposible olvidarlo mientras viva.

Edelgard es una joven alemana de Stettin que, brutalmente desalojada de su hogar por las tropas de liberación rusopolacas al finalizar la Segunda Guerra Mundial (1945), consigue finalmente refugiarse en Flensburg (Schleswig-Holstein) en compañía de su padre y de su hermana Sigrid. Edelgard es también, a juzgar por las maravillosas e inolvidables cartas que dirige durante más de un lustro al autor de *Diario de un sueño*, la personificación más delicada, tierna y exquisita de *Ewigweiblich* o «eterno femenino» que me he echado a mis ojos de lector compulsivo en los últimos años (por lo menos). Sólo si pienso en la dulcísima Margarita del Fausto goetheano o en la deslumbrante Inés de Santorcaz que Galdós nos regala en la primera serie de sus Episodios Nacionales, se me dibujan en la mente perfiles arquetípicos comparables al que representa Edelgard.

Su fiel corresponsal entre 1948 y 1953 fue un jovencito manchego que, a caballo entre su Manzanares natal, la Ceuta de su «mili» y el Madrid de sus primeras experiencias artísticas y literarias, nos cuenta con maestría y sencillez su vida de entonces, indeleblemente marcada por las cartas de su amiga alemana. Ese joven creció, y ahora, más de medio siglo después, ha tenido la bondad de enviarme su diario de aquellos años, en el que brilla con luz propia, bajo el manto protector de Edelgard, una prosa castellana extraordinariamente eficaz.

Aquel jovencito manchego se llamaba y se llama José Fernández-Arroyo. Si ha sido capaz de escribir *Edelgard, diario de un sueño*, es capaz, créanme, de cualquier cosa en literatura. Si no me creen, lean el libro; ya me dirán si tengo o no razón.

Luis Alberto de Cuenca

Blanco y Negro Cultural, enero de 2005

COMENTARIO DEL EDITOR

Pocas obras a lo largo de mi vida han tocado mi alma con más intensidad que este libro de José Fernández-Arroyo. *Edelgard, diario de un sueño*, me fue regalado por el autor en su primera edición de 1991, publicada en Ciudad Real por la *Biblioteca de Autores Manchegos*. La lectura de este libro supuso para mí una conmoción, *...una conmoción en el sentido médico del término: una conmoción cerebral. Durante varios días -le comentaba a José Fernández en la carta que le escribí tras su lectura- anduve medio obnubilado, entristecido, con la sensación extraña de pertenecer a una historia ajena, algo así como si yo mismo fuera el receptor de las cartas de Edelgard.*

Varios años después, José ponía en mis manos un ejemplar de la segunda edición de dicha obra, publicada en *Libros del Innombrable* y (co)financiada por el propio autor. La leí, perplejo. En esencia, era quizá la misma obra, pero no podría asegurarlo. Salvo el esclarecedor prólogo de Anna Caballé y el comentario certero de Luis Alberto de Cuenca, escritos ambos tras la lectura de la primera edición, nada se aportaba en esa nueva publicación. Los engañosos *milagos* de la tipografía habían creado la paradoja de un libro más voluminoso en apariencia, pero de cuyo contenido, por ra-

zonas que no acertaba ni acierto a comprender, decenas y decenas de páginas —entre las que se encontraba una carta de Edelgard— habían desaparecido por completo. Más de medio centenar de entradas del diario habían sido eliminadas de un plumazo. Y los párrafos amputados eran innumerables; entre ellos, muchos de los que mostraban sus dudas religiosas y prácticamente todos aquellos en los que la presencia de alguna muchacha despertaba la atención de José. Quizá, pienso ahora, se trataba de realzar el protagonismo de su relación con Edelgard, limpiando todo aquello que no obedeciera a tal propósito. Pero entre las escurriduras del lavado, habían perecido páginas imprescindibles para comprender la evolución de aquel joven de veinte años que en el invierno de 1949 se propuso dejar constancia escrita de su vida y de sus sueños, transformar su sangre en tinta.

De ahí que mi interés primordial en esta tercera edición sea restañar esas heridas y ofrecer al lector la obra «íntegra», que incluye por vez primera, además, diversos párrafos inéditos de la correspondencia de Edelgard y cuatro cartas completas que no hallaron acomodo en las ediciones previas, concretamente las fechadas en Flensburg el día 9 de junio de 1949 y los días 28 de febrero, 2 de marzo y 30 de noviembre de 1950. Estas cartas y esos párrafos, perdidos tiempo atrás entre los papeles de José Fernández, u omitidos por él mismo en base a razones que hoy no logra recordar, aportan datos esenciales para conocer diversas circunstancias relativas a la vida de Edelgard y de su familia. Baste el ejemplo de las dos páginas olvidadas en la carta que Edelgard escribe el 23 de septiembre de 1950 (páginas 240-242 de este libro).

Otras dos circunstancias, además, me impelen a realizar esta nueva edición. Y la primera es la oportunidad de reproducir muchos de los dibujos y aditamentos diversos que iluminan el diario original de José Fernández, generosamente

cedido para su estudio por la Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona. Más que un complemento gráfico del diario, los dibujos, las fotos, los recortes de prensa, las flores disecadas que aparecen en muchas de las cartas de Edelgard..., forman parte sustancial del propio diario, de modo que quien los contempla no puede sustraerse al pensamiento de que tales elementos, de igual modo que sus palabras, son parte de un todo único, espejo que refleja de modo perdurable el alma del autor y también —no podía ser de otra manera— el alma de aquella chica alemana que se convirtió en epicentro de sus sueños.

Esa oportunidad de tener el diario real en nuestras manos propicia, asimismo, la inevitable comparación entre los textos manuscritos y las ediciones impresas, especialmente la publicada por la *Biblioteca de Autores Manchegos*, cuyas diferencias con el conjunto de manuscritos contenidos en los cuadernos del diario son múltiples, pero no esenciales. Por ello, esta edición se atiene a aquella primera de 1991, para la que José desbrozó y condensó el voluminoso texto de sus manuscritos, liberándolo de muchas entradas y comentarios de interés menor, o cuyo contenido no le pareció oportuno entonces hacer público, pues no siempre las confesiones que tienen cabida en la intimidad de un diario personal —a veces confidencias de terceros— pueden ser mostradas como sábanas al sol. Así, aunque ha sido fuerte la tentación de ampliar el texto con diversas entradas de los cuadernos originales, hemos preferido respetar la voluntad de su autor, conscientes de que el grueso sustancial de los diarios escritos de su puño y letra queda enteramente recogido en esta nueva edición, ajustada en todo a la primera salvo en los añadidos antes mencionados. Creemos que con ello queda preservada, si no la integridad textual, sí la autenticidad espiritual de esta parte de los diarios de José Fernández-Arroyo (diciembre

de 1948 - diciembre de 1953). Como el propio autor escribe en la cita del Dr. Cortezo que precede al segundo volumen de los manuscritos: «*Si al hablar de tu vida no has de decir la verdad, cállate, puesto que nadie te pregunta ni menos te obliga a que mientas*».

Finalmente, en aras a ese espíritu de autenticidad, he de añadir que hay un motivo último y personal en esta edición de *Edelgard, diario de un sueño*. Su autor, mi querido amigo José Fernández, atraviesa en estos momentos la etapa más difícil y penosa de su vida, aquélla que nunca deseó llegar a vivir. De ahí que esta publicación tenga un regusto de homenaje a su persona y a su vida, abierta para el lector en este libro que nos muestra no sólo sus años de juventud, no sólo su intensa relación epistolar con una joven alemana de quien resultaba difícil no enamorarse, sino también —así lo creo— todas las inquietudes, las dudas, los temores, los inevitables fracasos y las tenaces esperanzas que configuran la esencia de todo ser humano, verdadera y dolorosamente humano.

Edelgard supuso mucho más que un bello y pasajero amor de juventud en la vida de José Fernández-Arroyo. Fue una presencia invisible que siempre le acompañaría, como ella misma había predicho en varias de sus cartas. Prueba fehaciente de tal afirmación es el mensaje que José dejó para mí en la pantalla de su ordenador cuando, en junio de 2013, a sus 85 años, él y su esposa trataron de poner fin a sus días, en una seria y meditada tentativa cuyo desenlace quedó frustrado por la intervención de los servicios de emergencia. El mensaje, al que yo pude tener acceso meses más tarde, era una cariñosa despedida iniciada por José cuando ya la sobredosis de ansiolíticos había sido ingerida, motivo probable por el que no pudo concluirla y por el que sus últimas palabras se desmoronaban en una sucesión de letras inconexas. *Esta es la última carta que te escribimos Lolita y yo desde la fron-*

tera de la otra vida, comenzaba. Seguía diciendo que ambos esperaban *una especie de felicidad pura*. *Si me es permitido* —proseguía— *te envolveré en ella en oportunas ocasiones*. Y las palabras comenzaban a disgregarse, aunque aún podía entenderse que habían elegido la *Muerte Digna*, así como una frase en la que me pedía que me acordara de Lolita, de él, *y también de Edelgard*, de quien decía, con palabras que se desmenuzaban en el temblor último de sus manos sobre el teclado: *está en mi corazón como la joya más preciosa*. Luego tres letras solitarias, y el inmenso vacío de la carta sin concluir en la pantalla encendida.

Quien haya leído «La sonrisa robada», novela documental en la que trato de recrear la vida de Edelgard Lambrecht tras años de investigación que no procede ahora pormenorizar, así como los interrogantes finales que sin duda se plantea todo lector de este diario, entenderá mi fascinación por esta mujer excepcional y por la obra, también excepcional, de José Fernández-Arroyo. Pero quien se sumerja en este libro sin más requisito previo que su gusto por la lectura —y este diario se lee con la facilidad de una novela apasionante—, entenderá también esa fascinación. Sólo es preciso abrir estas páginas para dar un salto en el tiempo y situarnos, de un lado, en la España gris de la dictadura nacionalcatolicista y, del otro, guiados por las cartas de Edelgard, en la Alemania dividida por la II Guerra Mundial. Entre ambos escenarios, una maravillosa e imposible historia de amor que renacerá de sus cenizas en el corazón de los lectores.

José Antonio Abella

Segovia, enero de 2014

EDELGARD

DIARIO DE UN SUEÑO

= *Diario íntimo de
impresiones* =



50/2 G. Amigo

31 de Diciembre 1948

En esta noche en que muere un año más de mi vida
quiero dar comienzo a este diario de impresiones.
Dentro de unos momentos, el sencillo acontecimiento
de doce campanadas, marcará la inexorable transi-
ción de un año que se va y otro que nace.
No quiero volver mi vista al pasado en un recuen-
to meticuroso de lo que he hecho o he dejado de ha-
cer. Queden atrás los veinte años pasados con sus
penas y alegrías y sus éxitos y fracasos. Esto ya no
importa. Con éste ~~año~~ que va a empezar se abre
una nueva etapa en mi vida. Si, han pasado ya
veinte años, ¡pero aún queda toda una vida por

Manzanares, 31 de diciembre de 1948. Esta noche, en que
muere un año más de mi vida, quiero dar comienzo a este
diario de mis impresiones íntimas.

Dentro de unos momentos, el sencillo acontecimiento
de doce campanadas marcará la inexorable transición de un
año que muere a otro que nace. No quiero volver mi vista al
pasado en un recuento meticuroso de lo que he hecho o he
dejado de hacer. Queden atrás mis veinte años vividos, con
sus penas y alegrías y sus éxitos y fracasos. Este año que va a
comenzar abre una nueva etapa en mi vida.

Quiero que mi vida, de aquí en adelante, sea fecunda y
fructífera. Y sé que este año va a suponer como una renova-
ción total de mi existencia. Quiero empezar ya a andar por
mi camino y a ir conquistando los jalones decisivos que me
lo afirmen. Quiero que mi vida comience a ser como deseo...
Y, cuando pienso que va a nacer para mí una nueva era,
mi corazón se estremece y se agita en unas ansias locas de
luchar...

* * *

Ya cayeron, como un toque de agonía por el año muerto, las doce campanadas y en la sonora vibración de la última nació, temblando de frío como un niño, el año nuevo.

Durante la vigilia del Santísimo, hemos postrado nuestros rostros en tierra y hemos elevado nuestro pensamiento al Señor. Mi oración ha sido humilde y sencilla: «¡Hazme bueno, Señor!»

¡Y he aquí que el Año Nuevo ha comenzado! ¿Qué me traerá, Dios mío? Yo deseo luchar, deseo vivir y que mi vida florezca y fructifique como los trigos y los campos. El año ha comenzado, pero empieza con noche y no puede verse a través de las sombras. Sólo, en lo negro lejano unas estrellas brillantes que tiemblan en el cielo frío. Pero no tengo miedo; quiero luchar y Dios está conmigo. ¡Adelante!

1 de enero de 1949. Ya ha pasado el primer día del año. Ya he dado el primer paso. Aún quedan trescientos sesenta y cuatro...

Hoy he tenido muy diversas impresiones.

Esta mañana realicé la visita a mis enfermos pese al despacible tiempo que hacía. El viento helado y la fina lluvia me azotaban el rostro, pero me gustaba sentir el aire zumbando en mis oídos y rozando fuertemente mis mejillas. Me sentí satisfecho de haber realizado escrupulosamente toda la visita, a pesar del mal tiempo. Y me gustaba felicitar a mis enfermos y animarlos, mientras les ponía sus inyecciones.

Por la tarde he estado en el cine viendo una preciosa película: «La señora Parkington». Y precisamente viendo esta película he vuelto a sentir esa extraña sensación de que «algo» falta en mi vida y he comprendido mejor de qué clase de sentimiento se trata. Y, como siempre, cuando pienso en «esto», su nombre me acude a la imaginación. Pero me pregunto: ¿la querré verdaderamente? Y, mejor aún: ¿me querrá ella a mí?...

Por último, esta noche, al regresar del cine, hubo en casa un pequeño disgusto familiar, una de esas violentas discusiones tan frecuentes entre mis padres que tanto me hacen sufrir. Mirando hacia atrás, casi desde mi infancia, recuerdo toda mi vida llena de escenas como la de esta noche. Aunque, bien es verdad que en estos últimos años parece que se suceden menos a menudo. Y, si bien mi familia no ha sido demasiado desavenida y mi vida familiar no ha sido del todo infeliz, creo que no ha sido todo lo feliz que hubiera debido serlo. Y todo eso me ha hecho pensar en si yo alguna vez llevo a tener una familia propia... ¡Ah, Señor, si me tienes destinado para que yo funde una familia que Tú presidas desde el cielo, haz que no sea como esta mía! Yo quisiera educar a mis hijos en un ambiente distinto y quisiera que mi familia fuera más unida, más compenetrada y armoniosa, con más calor de verdadero y profundo amor... Y he vuelto a pensar en Gloria... ¿Serás tú quien haya de formar conmigo esa familia?... Pero esto es ahora sólo una interrogación. ¿Quién puede saber la respuesta?...

6 de enero de 1949. He pasado en Ciudad Real los cuatro últimos días. En representación de mi centro parroquial he asistido allí a unas jornadas de dirigentes de Acción Católica. Han sido unos días de intensa vida espiritual, de grandes impresiones y de profundas enseñanzas.

Una de esas impresiones fue la de ayer por la mañana. Cuando íbamos a comenzar la primera ponencia, entró un sacerdote a invitarnos a todos los jornalistas para que acompañáramos a llevar el Viático a una enferma que, al parecer, estaba agonizando en una calle próxima. En procesión, en dos largas filas con velas encendidas, acompañamos al Santísimo. Al llegar a la casa pobre y miserable, en una calle sucia y apartada, yo, que iba de los primeros en la fila, tuve

oportunidad de entrar en la habitación de la enferma. Yacía en una cama vieja, medio vestida y medio cubierta con una manta raída y aparentaba tener unos cincuenta años. Daba pena ver aquel cuartucho mugriento y sombrío donde el aire y la luz entraban sólo por la puerta desvencijada, de par en par abierta al frío exterior. Era una escena de tristeza y desolación que me dejó profundamente conmovido. Aquella pobre mujer parecía estar muriendo de hambre y miseria, más que de otra cosa. El sacerdote le decía que se arrepintiera de sus pecados y que repitiera con él el «Yo pecador». ¡Qué extraña y patética sonaba la voz del sacerdote y el murmullo ronco de la pobre mujer! Cuando el ministro de Dios tomó en sus manos la Hostia y dijo «*Dómine, non sum dignus*»..., sus palabras me estremecieron. ¡Qué extrañamente resonaban en aquel sucio cuchitril y ante aquella mujer que moría absolutamente abandonada!

Yo me maravillaba de esta fe formidable de los católicos y del enorme consuelo que supone, en la hora de la muerte, el creer que el mismo Dios que los ha de juzgar entra en ellos y perdona sus pecados. Y, al mismo tiempo, me preguntaba qué pecados podría haber cometido aquella pobre moribunda.

Por la tarde recibimos la visita del Sr. obispo, que venía a presidir algunos actos y a compartir con nosotros unos momentos. Salimos a recibirlo a la entrada del seminario y, cuando salió del lujoso automóvil, entre las reverencias del séquito, yo me acordé de repente de la mujer agonizante de la mañana y de cómo resonaban las palabras del sacerdote: «*Dómine, non sum dignus*»... Y me pregunté si efectivamente no sería digna de recibir en su seno a quien nos dio ejemplo de pobreza dejándonos su cuerpo bajo la humilde apariencia de una blanca hostia de pan.

He vivido, pues, unos días de meditación y de vida espiritual y ahora, aquí estoy de nuevo, en el curso monótono

de mi vida cotidiana, tan sólo animado por la esperanza de poder tender pronto las alas hacia otros horizontes.

Domingo, 9 de enero de 1949. Hacia esta tarde un tiempo desagradable con viento helado y cielo blanco-grisáceo que amenazaba nieve. No tenía intención de salir y había decidido pasar la tarde en casa estudiando. Pero, ya se sabe: «el hombre propone y...».

Hemos recibido a primera hora la visita de nuestras dos jóvenes parejas: Elena y Pacheco y Luisita y Ramos, que han decidido pasar la tarde con mi hermana y conmigo. Y, aunque al principio me sentí un poco contrariado, después hemos pasado la tarde agradablemente charlando y bromeando.

Elena y Pacheco son una pareja simpática: los dos son alegres y chispeantes, siempre con la sonrisa a flor de labio y siempre con alguna frase divertida e ingeniosa. Tienen casi la misma edad: 18 años. Se conocieron precisamente en mi casa y fui yo quien los presentó, hará ya quizás cuatro o cinco años. Elena estaba en casa charlando con mi hermana y conmigo junto a la ventana del comedor. Pacheco, que era amigo y compañero mío de colegio, regresaba de la estación de recoger un paquete para la tienda de sus padres y nos saludó al pasar. Elena quiso conocerlo y lo llamé. Volvió Pacheco, entró en casa y se lo presenté. Entonces todavía era él un muchacho de pantalón corto y Elena una niña de negras coletas.

Esta tarde he recordado un día en Madrid. Era la mañana de un domingo espléndido de sol primaveral y habíamos salido a dar un paseo por el Retiro Elena, su hermano «Fito» y yo. Yo les propuse embarcarnos en una de aquellas barquitas del estanque, pero «Fito» rehusó. Elena y yo nos embarcamos. Entonces yo también estaba medio enamorado de Elena y, en realidad, siempre he sentido y siento hacia ella una especie de cariño sincero y callado. Por eso aquella mañana

fue para mí deliciosa y me sentía feliz mientras remábamos por el estanque, a la luz plena y radiante de aquella mañana dorada y yo recitaba los versos de un poema de Lamartine recién aprendido del libro de texto de francés:

*«Un soir. t'en souviens-tu?, nous voguions en silence;
on n'entendait à loïn, sur l'onde en sous les cieur
que le bruit des ramièrs qui frappaient en cadence
le flots harmonieux...»*

Pero ahora Elena y Pacheco son novios y yo me alegro con toda el alma de ello y deseo de corazón que se quieran y que lleguen a casarse, porque a los dos los quiero de verdad.

Luisita y Ramos forman una pareja un poco menos natural, me parece. Ella es mayor que él (no sé cuántos años) y parece más madura y experimentada. Creo que ha sido un noviazgo un poco prematuro y casi inesperado: ninguno de nosotros hubiéramos imaginado que Ramos se hiciera novio tan joven y con Luisi. Creo que ha sido víctima de su propia inexperiencia: es la primera chica que ha tratado y, pese a su apariencia de «hombre experto», es un crío todavía y ha caído en sus redes. Pero todavía es muy joven y aún no ha empezado a vivir, tiene que terminar el bachillerato y su porvenir no está muy concreto. ¡Dios quiera que Luisi no tenga que sufrir un profundo desengaño y que también ellos lleguen a ser felices!

12 de enero de 1949. Verdaderamente, esta vida mía es monótona y siempre igual! Me desespero. Todos los días me levanto con la esperanza de que ocurra algo nuevo, algo extraordinario, o de recibir, por lo menos, carta de Gloria o de María Luisa... Pero nada. ¡Dios mío, cuánto me gustaría vivir una vida intensa, agitada, en la que cada instante sucediera algo nuevo e inesperado...!

Esta tarde, ya a última hora, estuve paseando un rato con Ramos y Pacheco. Venían de dejar a Luisi y a Elena cuando los encontré. Los dos venían radiantes y felices.

—¡Qué estupendo es amar y que le amen a uno! —decía Ramos—. Es como llenar la vida de algo maravilloso.

Y Pacheco decía, con ese sincero apasionamiento que le caracteriza:

—Ahora es cuando empieza para nosotros el verdadero noviazgo. ¡Cada día que pasa noto en lo profundo de mi alma cómo crece mi amor a Elena!... Nos queremos cada día más profunda y más serenamente.

Yo los escuchaba con una extraña sensación de envidia y admiración, porque ellos ya han penetrado ese maravilloso misterio del amor. Ellos han encontrado ya alguien en quien volcar esta carga de sueños, de cariño y de esperanzas que llevamos dentro.

¡Cómo los envidio!... ¡Amar! Tener alguien a quien querer con toda el alma, a quien poder ofrecer lo que somos, lo que tenemos y esperamos... Tener alguien que nos ame y que ya nos acompañe para siempre...

—Mira —me decía Ramos—, mira que magnífica es esta frase: «Si la música es el lenguaje del espíritu que expresa lo que no se podría expresar con palabras, la música del amor es el beso.»

Es verdad: qué frase tan hermosa, pero, ¡qué enigmática para mí! ¡El beso! Esto era para mí, hasta hace poco, algo que carecía enteramente de importancia y significado, pero ahora me parece un misterio encantador que no puedo imaginarme.

Pacheco me dice que un beso es «algo muy grande».

Hablan los dos con el entusiasmo y la felicidad brillándoles en los ojos y me parece que a su lado mi vida está vacía y experimento dentro de mí una amarga sensación de sole-

dad. Yo también quisiera amar con todas mis fuerzas, pero... ¿quién sabe cuándo encontraré lo que busca mi corazón?

14 de enero de 1949. Esta mañana, cuando el cartero gritó mi nombre, sentí un vuelco en el corazón. Salí precipitadamente a recoger la carta..., pero era de mi amigo el poeta Ángel Crespo. Me habla en ella de una revista literaria que quiere fundar y me pide que le envíe algún poema para publicarlo en ella. Esto, naturalmente, me ha alegrado bastante, pero..., no era ¡la carta de Gloria que estaba esperando...

17 de enero de 1949. Hoy se ha celebrado en el pueblo la tradicional fiesta de San Antón. El día ha sido claro y soleado y, como todos los años, han salido las mulas, los caballos, burros, vacas, ovejas y demás animales engalanados, a dar las tres vueltas rituales alrededor de la ermita del Santo, antes de acompañarlo en la procesión. Es ésta una celebración popular y divertida donde nunca falta el «gracioso» que, vestido estrafalariamente y montado en su viejo borriquillo, hace reír a los espectadores con sus bromas y graciosas ocurrencias. Luego sacan al Santo de la ermita y se forma la procesión que, seguida de un séquito de «yuntas» y «labores» y toda suerte de animales engalanados, recorre las calles del pueblo.

Nosotros, en lugar de ir a la procesión, hemos ido a «darnos un baño de campo», caminando medio sin rumbo fijo por los caminos rurales, en esta tarde llena de sol, que parecía revivir en las cosas la adormecida vida invernal. Y, mientras caminábamos por caminos de carros y ganados, entre las siembras incipientes, Ruiz-Elvira y yo hemos improvisado un hermoso poema en colaboración que hablaba de sol, de norias blancas y de aire castellano.

¡Lástima que no lo hayamos transcrito!

Terminamos la tarde en casa de Belando escuchando música: la Obertura de «Egmon», la de «La flauta mágica», los «Cuentos de Hoffmann» y el «Andante» de la 5ª Sinfonía de Beethoven.

Cada día siento que me gusta más la música. Despierta en mí ideas inexpresables y me hace sentirme feliz..., o desdichado a veces.

18 de enero de 1949. He tenido que ir esta mañana al Ayuntamiento para lo de la filiación del servicio militar. Después de eso, sin saber ciertamente por qué, pasé el resto de la mañana un poco triste. Tal vez fuera el sentimiento de que éste es el prólogo a esta nueva vida que me espera vivir este año: el servicio militar.

Mi amigo Ángel Crespo me envía un libro que acaba de publicar: «Primera antología de mis versos», que es una recopilación de sus mejores poemas escritos y publicados en diferentes ediciones desde 1942 hasta 1948. Este libro ha cambiado bastante el concepto que antes tenía de él: ahora me doy cuenta de que es un auténtico poeta lleno de savia moderna y de verdadera personalidad. Me ha gustado mucho este libro y tengo que escribir algo sobre él para «Lanza» y para «Albores».

21 de enero de 1949. Hoy he recibido una curiosa y muy agradable sorpresa: una carta en francés de una chica alemana que se llama Theresie Barkhausen y que tiene 18 años.

Esto ha sido una gran alegría, porque hacía ya tiempo que deseaba tener correspondencia en francés. Había enviado mi dirección a uno de esos clubs de amigos por correspondencia y ya parece que empiezan a llegar las cartas. Me alegro de que sea una chica alemana. ¿Cómo será? ¿Será hermosa y con los ojos azules y los cabellos encantadoramente rubios?

Siempre me imagino a las alemanas con las trenzas brillantes y rubias y los ojos verdes o azules. Me encantan los ojos verdes. No sé qué extraña sensación me producen: como una poderosa atracción... Theresie Barkhausen, ¿tienes tú los ojos verdes, como esos que parecen reflejar un alma pura, ingenua y bondadosa?...

No he podido evitar el soñar un poco y he estado pensando que no sería del todo imposible que algún día pudiéramos encontrarnos. ¿Quién sabe? ¡Tantas vueltas da el mundo...!

22 de enero de 1949. Al fin, hoy, carta de Gloria. Y, no se por qué, me ha dejado una triste impresión. Es una carta breve, casi de cumplido. Me dice que Marisa ha estado enferma desde que llegaron a Valencia, en cuyo clima más cálido buscaba Marisa algo de alivio a su reuma. Dice que ha tenido un fuerte ataque de dolores y depresiones nerviosas. ¡Pobre María Luisa Villardefrancos, mi buena y querida consejera, cuánto deseo que te pongas pronto bien!

Por lo demás, la carta de Gloria es un poco fría, mucho menos afectuosa que otras veces..., no sé, me ha dejado un poco desilusionado, con una rara sensación...

Domingo, 23 de enero de 1949. He llevado a casa de Belando, para presentarla a los demás amigos y amigas de nuestro grupo a una nueva amiga: se trata de Pepita, la hija menor de un empleado de la Renfe recién trasladado a Manzanares y que han venido a vivir cerca de nuestra casa. Tiene nuestra edad, y parece simpática; es bastante mona y tiene unos ojos casi azules que parecen alegres y chispeantes.

Hemos pasado, como tantas otras, la tarde de domingo agradable y divertida, bailando, charlando, bebiendo. Pepita se ha hecho rápidamente amiga de todos y parece que ha caído bien.

24 de enero de 1949. Me han contado esta mañana algo que ha sucedido ayer en el pueblo y que me ha impresionado profundamente. Se trata de una muchacha de quince años que se suicidó arrojándose a un pozo. Había quedado embarazada y su madre, al saberlo, le propinó una tremenda paliza y la chica, llena de rabia y de vergüenza, se tiró al pozo de su casa. Cuando la sacaron, ya estaba muerta. ¡Qué horrible! ¡Una pobre chica de quince años... !

26 de enero de 1949. ¡Otra vez cartas extranjeras! Esta mañana he recibido dos: una de un chico francés y la otra de otra chica alemana. El francés se llama Jean Gamard y escribe en un español bastante correcto una carta muy simpática en la que me propone que yo le escriba en francés y nos corrija-mos mutuamente los errores. La carta de la chica alemana, en un francés que me parece bastante perfecto (en comparación con el mío) me ha producido una impresión muy especial: escrita con una caligrafía ordenada y vertical, tiene un cierto tono casi misterioso, como sugerente, no sé, algo que no puedo explicar. Voy a transcribirla en español. Dice así:

Flensburg, 17 de enero de 1949

Señor,

Desde hace mucho tiempo deseaba intercambiar mis pensamientos con un joven español, pero, desgraciadamente, no tenía ninguna dirección. Entonces, he leído su anuncio deseando correspondencia y no puede Vd. figurarse mi gran alegría. ¡Me gustaría muchísimo tener correspondencia con Vd. y le ruego cordialmente que me escriba!

España me interesa mucho, me atrae misteriosa y magnéticamente —¿Por qué?... Yo no lo sé; ¡sólo sé que me atrae España!

Flensburg, 17 janvier 1949

Monsieur,

Dès longtemps il est mon désir d'échanger des pensées avec un jeune Espagnol, mais - malheureusement - je n'avais pas une adresse! - Alors je lus l'annonce de votre souhait de correspondance et vous ne vous figurez pas ma grande joie. Je voudrais bien correspondre avec vous et je vous demande cordialement de m'écrire!

L'Espagne m'intéresse beaucoup, elle m'attire mystérieusement et magnétiquement! - Pourquoi.....? Je ne le sais pas; je sais seulement que j'aime l'Espagne! -

Ma foi! maintenant j'aurais presque oublié de me présenter; me voilà: Edelgard Lambrecht, une étudiante allemande, âgée de 22 ans, svelte, cheveux blonds foncé, 1,69 m de stature. - Je suis une grande amie de la nature, des animaux, de l'art - spécialement de la musique (je joue du

¡A fe mía, ahora veo que casi me había olvidado presentarme: Héme aquí: Edelgard Lambrecht, estudiante alemana de 22 años, esbelta, cabellos rubio oscuro, 1'69 m. de estatura. Soy gran amiga de la naturaleza, los animales, el arte - especialmente la música (toco el piano y el acordeón)-, la poesía, la escultura y la arquitectura, el deporte; me gusta el mar y los viajes, los países extranjeros y me interesa mucho la medicina. En el instituto estudié la lengua francesa, pero debido a mi poca práctica, le ruego sea «indulgente» con mi francés. También sé el inglés y un poco de latín.

Flensburg no es mi ciudad natal; mi ciudad natal era Stettin, una bella y gran ciudad marítima y comercial del Este de Alemania, ahora separada...

Pero, para una primera carta, creo que ésta es ya bastante larga. Así pues, voy a terminarla ya.

¡En caso de que Vd. haya recibido ya muchas cartas y haya escrito a otras chicas, le ruego entregue esta carta a alguno de sus amigos que quiera tener correspondencia conmigo! En todo caso, le quedaría muy agradecida si se tomara la molestia de contestarme.

Acepte, señor, la seguridad de mis más distinguidos sentimientos. Hasta pronto el placer de leerle.

Suya,

Edelgard Lambrecht

Todo esto de la correspondencia internacional me gusta mucho. Hoy mismo les he contestado a los dos y a la chica le pido que me envíe una fotografía. El chico me incluía una en su carta.

¡Es curioso: acabo de escribirles y ya estoy deseando recibir sus cartas de respuesta!

Domingo, 30 de enero de 1949. ¡Es horrible! ¡Me desespero viendo la uniforme sucesión de estos días grises e iguales! Cada mañana me despierto con el vago presentimiento de algún acontecimiento extraordinario y todos los días pasa lo mismo: el trabajo, el estudio y otra vez la noche, donde me refugio en el sueño y en el pensamiento, en la esperanza y la inquietud sobre el mañana.

He recibido otra carta de otra chica alemana; ésta se llama Gisela Schwarz, pero no he podido saber lo que dice porque me escribe en alemán y lo poco que estudié en cuarto curso casi se me ha olvidado ya. ¿Qué me dirá? Miro la carta como si fuera un enigma impenetrable, pero, a pesar de todo, he logrado entender que tiene dieciocho años y que estudia en la Universidad. Le escribiré en francés o en español, diciéndole que no he podido entender su carta.